



REVISTA DE TEATROS

Julia, de Feuillet.—Estreno de Echegaray : *Comedia sin desenlace*.—Prepárase un gran acontecimiento teatral.—Decoraciones y guardaropa.

ERES aficionado, ¡oh benigno lector!, á las heroínas románticas, *incomprendidas*, pálidas, enfermas de misterioso mal que las ha de llevar al sepulcro en el crítico instante en que le convenga al autor su fallecimiento para despachar de un golletazo el drama? ¿Te gusta á ti, lector candoroso, una actriz bonita, vestida de amazona, con un *peti* que hace resaltar el talle gentil, y un sombrero ladeado que la agracia muchísimo? ¿Dices que no á la primera pregunta, y á la segunda que sí? Tienes sobrada razón : eres *un crítico incipiente*, lector discreto. Pues si no te gusta lo

primero, bien hiciste en no asistir á las contadas representaciones que alcanzó la *Julia* de Feuillet en la Comedia ; y si te gusta lo segundo, mal hiciste, porque la señora Cobeña parecía, con su traje de montar, un lirio del valle. Y es cuanto puedo decir de la obra de Feuillet.

x x
x x

La misma amistad y admiración que profeso al autor de *El Gran Galeoto*, y el conocimiento de su mucha discreción y serenidad de juicio, me obligan á hablar de sus dramas y comedias con el alma en la pluma. Para tener el derecho de ensalzar sus aciertos, he de tomar nota de los momentos menos afortunados. En uno de estos últimos nació la obra estrenada el 17 de Diciembre, y que lleva el título de *Comedia sin desenlace*.

D. José Echegaray posee una riquísima complexión literaria, y, cosa menos sabida, un talento muy flexible, dotado de variadas aptitudes. Escribiendo de cien-

cia es un vulgarizador sorprendente, á lo Tyndall; conversando, un ingenio ático, á lo Castelar; y en los dominios de Tallá, cuando iba cobrando fama de dramaturgo cruel, de los que siempre tienen á mano el puñal ó el fatídico pomo, se transformó de la noche á la mañana, por su *Crítico incipiente*, en un Plauto,—ya que no en un Terencio, porque el ingenio de este famoso cartaginés es lo más contrario al ingenio de Echegaray que puede soñarse.—La veta cómica era indudable, existía, y el mismo que tantas veces nos había crispado y estremecido con los trágicos choques de la pasión, podía hacernos reír, deleitarnos dulcemente con el espectáculo de la flaqueza y la ridiculez humanas.—Echegaray se renovaba; su *avatar* nos prometía distintos horizontes, y nos abría las perspectivas sin límites del porvenir.

¿Ha defraudado las esperanzas que acariciábamos *Comedia sin desenlace*?

Ni las ha defraudado ni las ha robustecido.—Los datos para la resolución del

problema son los mismos que eran al otro día de estrenarse *Un crítico incipiente*. Sigo columbrando la veta, el filón argéntífero que en rotas vislumbres serpea por la ganga; sólo que, en mi opinión, esta vez D. José Echegaray no ha extraído la plata por onzas, sino por adarmes.

Las personas bien intencionadas y que saben comprender, no necesitan que yo machaque, insistiendo en que Echegaray *no puede*, está físicamente incapacitado para hacer drama ó comedia de absoluta inferioridad. Pero entiéndame la gente aviesa: yo creo que toda obra de Echegaray manifiesta su origen por algo superior, belleza parcial cuando no total.—El primer acto suele ser precioso, y esta regla general no falla en *Comedia sin desenlace*. Nótase que la exposición adolece de laboriosa y prolija: las cartas dictadas por el hombre político y el debate entre éste y su mujer, ella condenando las transacciones de la política y él defendiéndolas, pudieran reducirse á menos espacio; no obstante, salvadas las prime-

ras escenas, entra la comedia franca, viva y sabrosa. Vemos una familia como hay muchas; el padre inflado, lleno de énfasis oratorio, poseído del demonio electoral; la madre llena de un buen sentido vulgarón y corriente, enemiga de que su marido « se meta en esas cosas »; la hija dedicada á urdir la dulce trama de un idilio con un apuesto teniente de infantería; el teniente rondando á la niña como si no tuviese más que hacer; los amigos vividores, el uno, el factotum, el brazo derecho, sangrando inicuaente la bolsa y comprometiendo el decoro del hombre público; el otro, eterno hambrón del Presupuesto, arrimándose á la sombra del político para no soltar la breva.—Todos convienen en que es delicioso este primer acto, y yo voto con la mayoría, aprovechando la ocasión de decir que, por punto general, la prensa estuvo acertada en sus juicios respecto á *Comedia sin desenlace*.

Llega el acto segundo. Una escena de amor juvenil, fresca como una rosa, lo

engalana, y produce en el espectador impresión gratísima. Para mayor fortuna, Perrín, actor de pocos años, se revela en ella como artista verdadero; ingenuidad, fuego, gracia, todo lo despliega para subrayar aquellas frases encantadoras por su misma sencillez; frases de los veinte años, que tienen sonoridades de himno.—Allí Echegaray derrocha muchos adarmes de la consabida veta de plata.... Sigue el acto y la veta se esconde; la comedia política degenera; los personajes declinan á figurones sentimentales ú odiosos: á trechos parece que vamos á presenciar la renovación del *Tartuffe*, y que D. Santiago Carmona se ocultará detrás de una *portière* para cerciorarse de que el muñidor electoral, el Pescador trucha, requiebra efectivamente á la esposa de su jefe; otras veces esperamos que la acción gire en torno del personaje rural conocido por *tío Virtudes*, pero el *tío Virtudes*, que debía representar la voluntad y la energía moral intacta, frente á la decadencia y bizanti-

nismo del mundo político, — así lo presumimos desde que se anunció su llegada, — no representa en realidad más que un pobre viejo que quiere que le rebajen la contribución..., y que no le peguen un balazo á su chico. — Cosas ciertamente muy naturales; sólo que no bastan para el interés escénico. — Las deficiencias del verdadero protagonista; la extensión de algunas escenas, más notoria por lo mismo que no la justificaron las peripecias de la acción ni la vida interna de la obra, enfriaron al público, desgraciando una comedia bajo tan excelentes auspicios comenzada.

Se ha atribuido el mal suceso á aridez del tema; se ha dicho y escrito que era imposible acertar tomando por base y elemento cómico la vida política. — Yo no lo creo. Comedia política hay en *Numa Roumestán*, de Daudet, y en *Su Excelencia Eugenio Rougon*, de Zola, y si ambas obras se llevasen al teatro interesarían. — Menos creo que Echegaray sea incapaz de hacer una comedia política in-

tencionada, profunda de pies á cabeza, como es en el género dramático su *Gran Galeoto*. Realmente el público anda más severo hogaño que antaño, y no admite la forzosa desigualdad que existirá siempre entre hijos de un mismo padre. Más distintas entre sí son las Comedias de Lope de Vega, que las de Echegaray. Quien hizo aquel primer acto y aquella mitad del segundo en *Comedia sin desenlace*, bien podrá, siguiendo el filón, llegar hasta las entrañas de la mina. En literatura también ha de haber crédito, como en comercio, y la firma de Echegaray es justo que se coticie muy alta, respondiendo lo hecho por lo hacedero.

x
x x

Después de haberlo meditado mucho, retrayéndole su modestia y cautela acostumbradas y animándole el ejemplo de sus colegas los grandes novelistas franceses, se ha resuelto al fin Pérez Galdós, el primero entre los de por acá, á arros-

trar la escena, y probablemente no transcurrirá el próximo mes de Enero sin que en el teatro de la Comedia estrenen Vico y Mario el drama *Realidad*.

No quiero meterme á profeta; no quiero echar las campanas á vuelo: quiero aguardar, con el alma henchida de esperanza, esa noche que acaso llamaremos memorable. Porque—sin prejuzgar el éxito, sin aquilatar el mérito de la tentativa—cualquiera comprende que la aparición de Galdós en los carteles no es el advenimiento de un dramaturgo más, sino el de una nueva dirección dramática, que puede modificar nuestra vida escénica, romper troqueles caducos, influir á la vez en autores, actores y espectadores, y fundir en una misma aspiración dos géneros que hasta hoy parecían inconciliables,—la novela y el drama.—Nótese que yo no pronostico que consiga esto la obra de Galdós: no quiero crearle tan grave compromiso con palabras que pequen de imprudentes y fogosas. Digo no más que por ese camino se ha de ir para lograr in-

fundir espíritus vitales á nuestra desmayada escena, y procurar (dentro de los límites de lo posible y lo justo) inocularle el amor de la verdad, de la humanidad literaria.

Osada será la tentativa, y por osada más meritoria y digna de atención. Los dos tomos que bajo el título de *La Incógnita y Realidad* publicó Galdós en 1890, encierran un drama de acción *por fuera y por dentro*, de tan elevada y extraña trascendencia, que es jugar un albur el arriesgarse á someterlo desde las tablas á la consideración y á la aprobación, no del lector serio y culto, sino de un conjunto heterogéneo de espectadores. Sirviéndonos del lenguaje teatral, ¿entrará el público en el drama? ¿Conseguirá subyugarle desde el primer momento la fuerza, la originalidad y la verdad de una idea que no nació sujeta á las férreas imposiciones de lo que se llama *óptica teatral*, sino revestida de toda la libertad y vigor que da la amplitud del género novelesco? ¿Se confirmará una

vez más el axioma de Zola «*Rien n'est moins littéraire qu'une foule?*»

De todos modos, ¡qué benéfica agitación del ambiente va á producir *Realidad* en el teatro! ¡Qué empujón al pasado, qué dilatación del presente, qué de problemas, y cuánta novedad! Cuando digo *novedad*, se me ocurre un escrúpulo. Hay cosas que á fuerza de ser viejas y haber caído en desuso, pueden parecer nuevas. — Por ejemplo: las *apariciones*. En *Realidad* tiene que salir á la escena una *sombra*. ¿Quién no recuerda el admirable efecto del fantasma del padre de Hamleto, verdadera *proyección psíquica*, adivinada y aprovechada por Shakespeare?

No más por hoy sobre el drama de Galdós. Aquí sí que encaja bien aquella célebre frase deteriorada: «No adelantemos los sucesos.»

x
x x

Un vice-estreno de *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, en el Español, y una re-

vista titulada *Paris fin de siglo*, en la Princesa, fueron las últimas *impresiones* del mes. En el gran drama *romántico*, decoraciones de sumo efecto; en la alegre y descoçada revista, trajes *caprichosos*. Cada cosa es buena según su *género*... y no hay que pedir cotufas en *el golfo*, ni primores literarios en *Paris fin de siglo*.

